XLV

Entonces se entabló en Barnier la lucha entre la voluntad y la costumbre. Se disputó á sí propio su pasión, y quiso sustraerse á ella. Pasó por las angustias, los esfuerzos supremos, las victorias dolorosas, las cobardías desesperadas, que acaban por destruir la energía de un carácter y turban al hombre por esas sacudidas que le dejan vacilando, desarmado ante las tentaciones de un malestar, las inspiraciones fatales de una razón agotada, el deseo de un reposo final.... El desgarramiento y la incertidumbre de la lucha exasperaron su carácter, ya agriado. Su tristeza se hizo mayor, y se concentró. La amargura que se hallaba en él, se escapó de su boca en palabras cuya ironía ocultaba la desolación. Los días en que no quería beber y en que conse-

guía hacer su volun ad, su vida destruida, su carrera destrozada, su salud perdida, su cabeza debilitada, un porvenir á cuyo fin no se atrevía á llegar su mirada, todo se le aparecía y le agobiaba. Esos días, el pensamiento de Romana le hablaba más de cerca. y le parecía que su sombra estaba á su lado, como una mujer que espera en el cancel de una puerta entreabierta.

Quería vencer, mediante la fatiga física, aquellas tentaciones y aquellas visiones; andaba por París horas enteras, iba por barrios que no veía, á taavés del pueblo que le codeaba y que no sentía, hasta que le faltaba el piso bajo los pies, y cuando volvía á senartse para comer en el cuarto de guerdia, tenía en su cara una de esas laxitudes que envejecen un año, en un día, el rostro de un hombre.

XLVI

Un día en que Malivoire reemplazó á Barnier en su servicio, se asombró del enflaquecimiento y de la palidez de sor Filomena, y dijo á ésta que, desde hacía algún tiempo, la encontraba muy cambiada.

—¡Qué quiere usted! le respondió la Hermana. Todo el mundo cambia ... Estoy aún menos cambiada que el señor Barnier.... Dicen que se mata bebiendo ... ¿No tiene acaso amigos?

XLVII

La Hermana también estaba, con efecto, muy cambiada. En su enflaquecido rostro, sus dos ojos grandes no tenían más que la sonrisa de una mirada de enfermo. El buen humor del alma no se pintaba en su fisonomía. La jovialidad no estaba ya en sus labios; y cuando se esforzaba por encontrarse, cuando en el lecho de una enferma quería estar alegre y lograba estarlo, sentía de re ente, en algunos minutos, que su aparente alegría la abandonaba. Ya no tenía fuerzas para llevar y distribuir esos cordiales de la caridad: la confianza, la esperanza, que en otro tiempo ofrecía á toda la sala, con tanta abundancia y facilidad. Ya no sentía en las piernas aquella ligereza que la llevaba de una á otra cama.

Nunca, sin embargo, se había ocupado más de sus enfermas, nunca había trabajado más, andado más, fatigado más su cuerpo en idas y venidas, su celo en exceso de sacrificio. Sus días, sus noches, su vida, no eran sino un contínuo sacrificio, y hubiérase dicho que quería llevar el cumplimiento de sus deberes al último límite de su valor; ¡tanto era lo que buscaba las tareas más duras, más repugnantes, mas humildes; ¡Tan celosa se mostraba en agotar las pruebas de un hospital!

Cuando en la noche que había precedido á la entrada de Romana en el hospital, la Hermana Filomena se había despertado del sueño de su sentidos, de aquel ensueño apenas escapado y bajo el cual su cuerpo aún temblaba, se había arrodillado, casi desnuda, en su celda, y hasta la campanada de las cuatro había permanecido rezando, abismada en un sentimiento de temor, de ansiedad dolorosa, turbada profundamente, sin que su corazón, cándido y lleno de ingenuidad, se abriese al pensamiento de un sentimiento de amor.

Había pasado todo el día examinándose, interrogándose, frente á frente de su conciencia. A medida que había descendiendo al fondo de sí misma, se había asombrado de la semejanza de lo que había creído, de lo que aún creía un afecto permitido, una dulce amistad,

con el amor, ó por lo menos con la idea que lo poco que había leído en los libros, le había hecho concebir del amor. Había repasado sus recuerdos, la cadena de los meses precedentes desde el día en que por primera vez Barnier se había sentado á su lado, en aquel gabinete en que se hallaba, en aquella silla que estaba allí. Recordó el placer que le producían aquellas cortas conversaciones, en que ella se olvidaba de todo tan de buen grado, y que le hacían parecer el tiempo tan breve. Habíase confesado la secreta alegría, la alegría íntima y profunda que experimentaba al verse elogiada por el interno, la excitación, la emulación, el ánimo que sus alabanzas habían dado á su caridad, á su sacrificio. Examinándose á fondo, excusándose acerca de los diversos movimientos de alma, agradables ó desagradables que le habían causado las palabras de Barnier, que por carecer de derecho no debieron producirla efecto alguno, había permanecido un momento asustada, ante el descubrimiento de todo lo que aquellas palabras habían hecho nacer y prosperar en ella, de resoluciones, de amarguras, de alegrías, de deseos; asustada de la huella que le habian dejado y del largo tiempo que habían tardado en callarse en su espíritu, en su corazón. A través de todo aquel pasado, que se presen

taba á su evocación, había vuelto á encontrar demasiado vivas sus impresiones de ayer, su pena cuando creyó dejar la sala, la turbación durante el tiempo que había durado la incertidumbre, su alegría, su expansión cuando decidieron que se quedara, y se había preguntado si eran con efecto, y únicamente, la sala y las enfermas las que sentía perder, alegrándose por ellas de no abandonarlas. Al mismos tiempo volvía á su memoria la felicidad que Barnier le había dado al manifestarle que había logrado continuar en el Hospital su tercer año de internado, y el vacío, el singular vacío que en su vida había dejado la ausencia del interno durante el mes de vacaciones. Y persiguiéndose así en todo lo que había sentido, llegó á mil detalles, á pequeñas circunstancias, sobre los cuales no había reflexionado hasta aquel momento. Habíase censurado aquella indulgencia, aquella tolerancia con que dejara hablar al interno de todas las cosas; la timidez que había mostrado para contradecirle, la atención pasiva, casi complaciente, que había prestado á sus ataques contra la religión, aquella risa y aquellas bromas con que había respondido á pensamientos impíos que, viniendo de otra boca, le hubieran indignado. Y ante todos aquellos indicios, ante aquellos síntomas de un efecto,

sin duda condenable, abriendo los ojos á una luz confusa, y agobiada de incertidumbre, había tomado la resolución de explicar á su confesor tal estado, y de pedir que la cambiaran de sala.

La entrada de Romana en el Hospital, el cambio que la Hermana había experimentado con ella, la luz y la revelación súbita de su amor por los tormentos de los celos; el esfuerzo, el esfuerzo sobrehumano que había necesitado durante la oración para ahogar en ella el odio de la mujer bajo la piedad de la cristiana, y pedir á Dios la gracia para aquella moribunda amada por Barnier; después la escena en que, huyendo del beso de Barnier, había sentido tanta flaqueza en el fondo, que apeló á la violencia de su auxilio; todos aquellos relámpagos, desgarrando y esclareciendo su conciencia, habían cambiado sus resoluciones. Avergonzada y espantada de sí misma, detestando su debilidad y aquella afección en que no veía más que el pecado, había escogido por sí misma su penitencia. No había hablado ni confiado nada al confesor, ni había pedido que la cambiaran de sala: se había impuesto el permanecer, arrepentirse, sufrir, expiar allí donde había amado, allí donde amaba. Había resuelto soportar la tentación diaria de la presencia de aquel hombre, la tortura

incesante de los remordimientos y de las solicitaciones de sus deseos. Había querido que aquel amor estuviera siempre sobre su corazón como un cilicio, restregándole sin cesar sobre su llaga.

Y aún no eran bastantes para ella las crucifixiones de su corazón; se martirizaba también en su carne con suplicios ignorados y ocultos bajo su traje, con toda especie de maceraciones que recordaba de las historias de piedad. Y cada día, más pálida y más flaca, dejaba irse su salud, no sin cierta secreta alegría; esto era como un adorno de su cuerpo, que ofrecía á Dios en holocausto.

XLVIII.

Los días en que Barnier aparecía aún por la sala de Santa Teresa, no huía de él la Hermana; únicamente le alejaba de su lado con una acogida glacial. Le mantenía á distancia como á un extraño, y evitaba toda ocasión de cambio de palabras que no fueran absolutamente exigidas por el servicio. Desde hacía algunos días, Barnier daba vueltas alrededor de ella, intentando aproximarse; pero la Hermana había sabido siempre escapar de Barnier, no permaneciendo nunca sola, poniendo siempre la presencia de una enfermera ó la cama de una enferma entre ella y el interno. Por fin, un día, á la salida de la visita, aprovechando un momento en que se hallaba sola, Barnier llegó á decirla:

—Hermana, pido á usted humildemente perdón.... Y quisiera oir de sus labios que me había usted perdonado....

Sor Filomena escuchó aquella voz, con grata sorpresa y sumamente conmovida. Miró á Barnier con ojos dulces y tristes. Su boca se abrió para hablar; pero la frase se detuvo en sus labios. Pasó por delante del interno, entró en su gabinete y cerró la puerta tras de sí.

XLIX

Aquel día, hacia las cuatro, Barnier salía con Malivoire de Clamart, donde acababa de hacer una disección. Salió por la puertecilla verde y bajó las tres escaleras.

—Volvemos á pie, ¿eh?.... le dijo Malivoire, después de encender su pipa.

—Como quieras.

Echaron á andar por la calle, á lo largo del pequeño muro, por bajo del jardín dominado por el tejado del anfiteatro y por sus cuatro linternas de cristal atravesadas por tubos. Sentíanse en la atmósfera olores de tenería. A su izquierda, el humo de una chimenea de fábrica blanqueaba en el cielo gris. A la vuelta de la calle del Fer-á-Moulin, dijo Malivoire.

—Oye, Barnier, ¿sabes que estamos hoy á

20 de Diciembre, y que yo quisiera estar en tu pel ejo?

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues porque dentro de diez días habrás concluido tus cuatro años de internado.... Dar las buenas noches al Hospital.... á una barraca como esa.... (y Malivoire señalaba las paredes negras de la Piedad, por la cual pasaban). Empiezas tu clientela.... ya estás lanzado, y con un poco de vena.... ¡Ah! ¿Has alquilado alguna habitación?

—No.

—¡Cómo! ¿Aún no has hecho nada? Eso es absurdo. Vamos, será preciso que yo me ocupe de ello. Te buscaré algo en un barrio... en un barrio mercantil y desahogado.... algo en el barrio de la Bolsa, que es céntrico, y arreglaremos la cosa, pero bonitamente. Veamos, ¿qué necesitas? Una antesalita, un saloncito de espera, un gabinete no muy alto, á causa de los enfermos... El salón de espera.. papel claro.... algo alegre ... el canapé, las butacas.... ¡Bien! Precisamente he visto vender un mobiliario la semana pasada á los alguaciles; aquello te convenía. Decíamos que las fundas serán de una tela de rayas color de rosa.... Colgarás allí litografías de Hamon.. Sobre la mesa, un tapiz de género turco ... y obras serias, que comprarás descabaladas..

para el cliente que quiera consultar, ¿comprendes? Como siempre hay un punto negro.... es preciso un salón tranquilizador. El gabinete ... ¡oh! ese, severo. Te aconsejo un mobiliario de roble.... Sobre la chimenea, un adorno de bronce Colas.... Indispensable, amigo mío.... Los dos grabados sacramentales: *Hipócrates rehusando los presentes de Artajerjes*,..... ¿Quieres apostar una cosa? Pues es que si tomaras un cuarto sin mí, tú lo tomarías sin doble salida....

De la calle de Geoffroy-Saint-Hilaire pasaron á la calle de San Víctor. Las casas eran bajas y grises, con ventanas agujereadas en el sucio enyesado. Barnier y Malivoire pasaban por delante de los bodegones de vidrio enturbiados, de fondos negros; por delante de las fruterías donde se instalaban, bajo los porches, arenques mezclados con manzanas; por delante de los figones donde se veía un trozo, pasado, de vaca cocida, entre dos botellas vacías. Después cerca de una carbonería, á la entrada de una alameda, venía una tienda de vinos, cuya verja de hierro, pintada de encarnado, dejaba ver detrás de sus barrotes montones de patatas. Luego una droguería de ocasión y toneles de ciruelas pasas, blancas de moho; una tienda de géneros de punto atestada de chaquetillas y pañuelos de lana bas-

tos, con que el pueblo se abriga en el invierno; una librería de romances y coplas cuya ventana estaba tapizada de canciones á cuarto; un escaparate de peluquería cuyas figuras de cera terrosas, tenían las mejillas de color de naranja.

—¡Si una casa como esa dijera lo que ha visto sufrir! murmuró Barnier, pensando alto y con la mirada perdida en una de seis pisos donde se alberga la miseria.

—¿Y tu discurso, Barnier? le preguntó Malivoire. No es fácil lo que has escogido: *Anastomosis del ganglio cervical superior....*

—No, ya no es eso ahora.... He cambiado.

¿Y qué es lo que has escogido?

—*La muerte.*

—¡Bah!

—Sí.... Voy á decirte mi pensamiento.... Quiero probar que la muerte natural; esa muerte que era la muerte del hombre en tiempos primitivos.... y que es su fin propio al cabo de todo.... la muerte natural no existe ya. En nuestra vida moderna, todo el mundo muere por accidente. La vida no se gasta ya; se rompe. Es un suicidio más ó menos lento..

—Espero que seguirás siendo siempre organicista.

—El alma es una gran dificultad para las cuestiones científicas....

Y Barnier pronunció esa última frase en un tono que Malivoire no pudo definir.

—Tomemos un coche..... allí viene uno, dijo Barnier, haciendo señas á un cochero que pasaba.

No vale la pena ya.... ¿Qué tienes? tiemblas....

—Siento escalofríos....no se qué....

—Estoy seguro, querido amigo, que es tu maldito ajenjo el que te produce eso.... Es un latigazo, como el *gin* de los ingleses.... Es una estupidez...., no debías beber más.

—Pues bien, te lo prometo.... no beberé más, Malivoire.... Pero calla, no me hables más.... me hace daño....

Y Barnier se hundió en un rincón del coche.

Llegado al Hospital, Barnier subió á acostarse.

L

Al día siguiente, todo el Hospital sabía que Barnier, inficionado la víspera en la disección de un cadáver atacado de infección purulenta, se moría en medio de espantosos dolores.

A las cuatro, cuando Malivoire se escapaba un momento de la cama de su amigo para reemplazale en su guardia, siguiole sor Filomena. Marchaba tras él de cama en cama, en pos de sus pasos, apróximandose obstinadamente, pero sin hablarle, con ojos que no se separaban de él y que Malivoire sentía siempre fijos en los suyos. Cuando iba á salir de la sala:

—¡Y Bien? le dijo la Hermana con ese tono breve con que las mujeres detienen al médico

en su última visita sobre el dintel del cuarto. ¿Cómo está Barnier?

—¡Perdido!.... expresó Malivoire con un gesto. Ya no hay nada que hacer.... le ha cogido el tobillo del pie derecho, ha subido por la pierna, la cadera, todas las coyunturas.... ¡Y qué dolores!.... ¡Pobre muchacho.... de desear es que acabe cuanto antes....

—¿Morirá esta noche?

—¡Oh! No..... Aún llegará á la madrugada.... Es el mismo caso de Raguideau, hace tres años... Raguideau duró cuarenta y ocho horas....

LI

Aquella noche, á las diez, sor Filomena empujaba la puerta de la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias.

En la iglesia bajaban las lámparas; la llama de los cirios moría bajo el apagador de largo mango, que iba de uno á otro lado. El cura acababa de dejar la sacristía. La Hermana preguntó sus señas; vivía á dos pasos de la iglesia, en la calle del Banco.

El cura entraba cuando ella penetró detrás, empujando la puerta que él iba á cerrar.

—Entre, Hermana, dijo colocando el paraguas mojado en la antesala.

Y se volvió: sor Filomena estaba de rodillas.

—Pero, Hermana, ¿qué es lo que hace? le dijo completamente asombrado. Levántese,

hija mía.... Este no es el sitio.... Vamos, levántese....

—Le salvará usted, ¿no es verdad?

Y sor Filomena cogió las manos que el cura había extendido hacia ella para obligarla á levantarse.

—¿Qué le puede importar á usted que yo permanezca de rodillas?

—Vamos, vamos, hija mía, nada de exaltaciones. Sólo Dios.... ¿sabe usted? puede salvar á cualquiera.... Yo no puedo hacer otra cosa que rogar....

—¡Ah! ¿Usted no puede más que rogar? dijo con tono de contrariedad. Sí, es verdad..

Y sus ojos se fijaron en el suelo.... Hubo un momento de silencio.

—Vamos, Hermana, siéntese usted ahí. Está usted ya más tranquila, ¿no es verdad?.... Cuénteme usted.... ¿de qué se trata?

—El está en los últimos.... dijo Filomena levantándose de pronto. No pasará quizás de la noche...—Y empezó á llorar.—Es un joven de veintisiete años.... No ha frecuentado ni ha pisado una iglesia, ni quizás rezado desde su primera comunión.... No querrá oir hablar de nada.... Ni aun sabe las oraciones, señor cura.... No escuchará á un sacerdote... ni á nadie..... Y yo le digo á usted que se

acaba, que va á morirse.... Entonces he pensado en la Archicofradía de ustedes, de Nuestra Señora de las Victorias.... puesto que es para las gentes que no creen.... Vamos, es preciso salvarlo....

—Hija mía....

—Se muere quizás mientras yo hablo.... ¡Oh! ¿No es verdad que me promete usted?... Va usted á hacer en seguida lo que hace falta, lo que esté en los libros de la Archicofradía, las oraciones, en fin, todo; van á rezar por él inmediatamente, ¿no es verdad?

—Pero, pobre hija mía, hoy somos viernes, y la Archicofradía no se reune hasta el jueves....

—¡El jueves! ¿Por qué?.... Eso es muy tarde: ¡el jueves! No durará hasta el jueves.... ¡Es preciso salvarlo; á otros los han salvado!

Sor Filomena miraba al sacerdote con ojos agrandados y en los que brillaba, entre lágrimas, una mirada soberbia de rebelión, de impaciencia y de mando. Por un momento en aquel cuarto donde estaba una Hermana delante de un sacerdote, hubo frente á frente una mujer y un anciano.

El sacerdote:

—Todo lo que puedo hacer por ese joven en este momento, es, hija mía, aplicarle el mérito de todas las oraciones y buenas obras que

se hacen en la Archicofradía, y las ofrezco al sacratísimo é inmaculado Corazón de María, para obtener su conversión ... Rezaré mañana por él en el santo sacrificio, y lo encomendaré el sábado y el domingo.

—¡Oh! ¡Muchas gracias! dijo Filomena, sintiendo acudir dulcemente las lágrimas á los ojos mientras hablaba el sacerdote; tengo confianza..... Se convertirá, Dios tendrá piedad de él.... Deme usted su bendición para él.....

—Pero, hermana mía, yo no doy bendiciones más que en el altar, en el púlpito y en el confesonario. Allí únicamente soy el ministro de Dios..... Aquí..... aquí..... hermana mía, no soy más que un.... un miserable pecador....

—Eso no importa nada... usted es siempre el ministro de Dios.... y no puede rehusarme.... no querrá ... ¡él agoniza!

Y se hincó de rodillas al decir estas palabras. El cura la bendijo: después añadió:

—¡Pero Hermana, van á dar las once, tiene usted cerca de una legua de camino que atravesar.... y tan tarde!

—No tengo miedo.... respondió sor Filomena sonriendo; Dios misericordioso sabe por qué estoy en la calle.... Y luego que de aquí á allá iré rezando el rosario, y la Santísima Virgen será conmigo.....

LII

La misma noche, Barnier, saliendo de su silencio de todo el día, dijo á Malivoire:

—Escribirás á mi madre.:,.. Le dirás.... que estas cosas son frecuentes en nuestrooficio.

—Pero, dijo Malivoire inclinado sobre la cama, si no estás aún en ese caso, querido amigo.... confío poderte salvar.

—No.... he escogido perfectamente á mi hombre para curarme.... ¡Cómo te he engañado á tí también, amigo Malivoire!—Y tuvo una especie de sonrisa.—Comprenderás que yo no podía matarme.... Cuando se tiene una anciana madre que desea que uno viva.... Pero las desgracias.... eso lo arregla todo... un accidente.... Tomarás todos mis libros, ¿oyes?.... y mi estuche; quiero que los guardes.... ¿Preguntas por qué me he matado?... Acércate un poco más.... Es por aquella mujer..... No ha habido más que ella en mi vida.... No le hicieron respirar bastante cloro-

formo; ya se lo decía yo..... ¡Ah! ¡El grito que dió al despertar.... antes del fin!.... No he olvidado ese grito desde entonces....—Esto no es nada, dijo después de una contracción nerviosa; si pudiera repetirse.... escogería otra cosa con que se sufra menos.... Entonces, ya sabes, murió.... Se me puso en la cabeza que yo la había matado.... La he visto.... la veo en sangre.... Y yo bebía, bebía.... porque la amo siempre.... Y esto es todo, todo....

Barnier se calló. Volvió á despegar los labios después de largo silencio, y dijo á Malivoire.

—Dirás á mi madre que cuide del pilluelo

Después de otro silencio, añadió:

—La Hermana habrá rezado una oración por mí....

Luego preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las once.

—Esto tarda..... Tengo hasta..... hasta mañana....

Volvió á preguntar, algo más tarde, la hora, y cruzando sus manos sobre el pecho, llamó con voz débil á Malivoire, y procuró hablarle. Pero Malivoire no pudo oir las palabras que le dijo.

La agonìa de Barnier duró hasta el alba.

LIII

Una vela alumbraba el cuarto.

Ardía entre las cuatro paredes blancas, cortadas por el ocre amarillo del marco de la puerta y los dos armarios adosados á las paredes. Uno de los armarios sin puertas, dejaba ver algunos libros amontonados, apilados sobre las tablas; el otro tenía encima un cacharro para agua. Sobre la chimenea, pintada imitando mármol negro, una hoja de magnoliia colgaba, clavadas en el hueco vacío de un espejo grande. En un rincón, al lado de un sitio ensuciado por el frote de las cerillas que habían rayado el yeso, había un espejito con marco de papel dorado, recuerdo de alguna fiesta de los alrededores de París. La

ventana, sin cortinas, dejaba ver un tejado y la noche. Era aquel un cuarto como esos cuartos de posada de cualquier barrio de población grande.

Sobre la cama de hierro con cortinas blancas, la sábana cubría y señalaba un cuerpo, dibujando con la inflexibilidad de una línea eterna, la rigidez de lo que cubría, subiendo desde la punta de los pies hasta la arista de un perfil agudo como el molde de un lienzo mojado.

Cerca de la mesa de madera blanca, en el sillón grande de paja, velaba Malivoire, soñoliento, medio dormido.

En el silencio del cuarto, únicamente se oía el tic-tac del reloj del muerto.

Detrás de la puerta algo parecía deslizarse y adelantar suavemente; el pestillo dió vuelta; sor Filomena estaba delante de la cama. Sin mirar á Malivoire, sin verle, se arrodilló, y rezó como rezan las estatuas de iglesia arrodilladas sobre el mármol; su vestido no se movía sobre ella más que la sábana sobre el cuerpo del muerto.

Al cabo de un cuarto de hora se levantó, anduvo sin volverse, y desapareció....

Al día siguiente, al despertarse con el ruido hueco del ataúd que tropezó en la escalera, demasiado estrecha, Malivoire, recordando

vagamente la aparición de la noche, se preguntó si no había soñado; y yendo maquinalmente á la mesa de noche, buscó sobre el mármol el mechón de pelo que había cortado para la madre de Barnier: el mechón ya no estaba allí.

FIN.

CAPILLA ALFONSINA

EL PECADO DE LA GENERALA